



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11393

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 25 DE OCTUBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CLARITO

Así han hablado los redactores de «La Veu de Catalunya» al ser interrogados por el corresponsal de «El Imparcial», respecto al alcance y significación de la campaña que vienen sosteniendo en el periódico citado: clarito para que se entienda y no haya lugar de disfrazar las cosas.

«La Veu» y demás colegas de la capital del Principado, tienen un resentimiento con los periódicos de la corte. Éstos no se ocupan en nada que no sea iniciado por ellos y bien puede un periódico de provincias iniciar una campaña justa, y señalar con tachones rojos ó azules los artículos y sueltos á ella pertinentes, seguro de que artículos y sueltos no prenderán en las columnas de los colegas cortesanos.

Ahora bien, si con motivo de esta labor periodística, expuesta á mil peligros, surge un incidente y se comete un atropello con uno de los grandes rotativos, loca á rebato el colega que se considera atropellado ó invoca la ayuda de los ilustrados compañeros de provincias. Para ese caso lo son y muy queridos; para los otros como si no existieran.

En ese punto están seguramente con los periódicos del Principado todos los de España que no son de Madrid. En lo demás....

También ha hablado clarito en lo demás «La Veu de Catalunya». El lenguaje de sus redactores de que se hace eco «El Imparcial» repugna, pero tiene el mérito de que no es hipócrita. Para los que estaban al cabo de la calle y sabían lo que significaba el dictado de catalanismo, no dice nada nuevo; para los que pretendían engañarse y engañarnos creyendo de buena fé que catalanismo y separatismo son cosas diferentes, la declaración brutal de dichos re-

ductores constituye un horrible desencanto.

La campaña que hace en Barcelona el catalanismo tiende á la separación. Los anhelos de los que la siguen se cifran en ver á Cataluña floreciente y próspera, en condiciones de que su industria y su comercio compitan con ventaja con las naciones que puedan hacerles guerra comercial. En tanto ese momento llega, seguirán aprovechando las leyes protectoras que España les ofreció; pero llega lo el caso que persiguen, se declararan partidarios de cortar relaciones y desde ese momento serán separatistas sin careta, abandonando el terreno filosófico para entrar resueltamente en el de aplicación.

El lenguaje es brutal; la explicación no puede ser más cínica; el egoísmo de los que de tal modo piensan es tan monstruoso, que parece mentira que haya seres que lo manifiesten sin que les salga el rubor á la cara y les acuse a gritos la conciencia.

Por desgracia, en este desconcierto de intereses en que España vive, hay fuerzas inconscientes que dan alientos á esa repugnante tendencia que no se sabe cuando es más culpable, si cuando se manifiesta con hechos ó cuando se explica con palabras.

Al gobierno loca reprimir esa tendencia y al país le loca condenarla.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«En Cardiff, un minero apostó con otro compañero 20 chelines á que estaba un mes sin dormir y alimentándose solo de cerveza.

El minero resistió una semana, falleciendo al cabo de ella.»

Abí tienen ustedes un hombre práctico.

¿Ganaba la apuesta?

Se embolsaba los chelines.

¿Se quedaba en medio de la suerte?

Pues se ahorra los gastos del entierro.

En el género inglés ou alquiler minero resulta calculista.

Los boers han prometido cinco mil libras esterlinas por la cabeza del político inglés Cecil Rhodes.

No darían tanto las Cámaras de Comercio si se encontraran en el caso de Krüger.

Ofrecerían un par de pesetillas y juzgarían que las daban de momio.

Un sereno de la Coruña encontró en una entrada una chaqueta y un pantalón.

Y otro sereno halló en la vía pública á un hombre en patios menores.

Pusiéronse de acuerdo los dos agentes respecto á que individuo y traje se complementaban y lo confirmaron por la confesión del primero, que manifestó que la ropa era suya, si bien no recordaba cómo la había perdido.

No se quejará ese sujeto de que le aprietan las costuras.

Se le cae la ropa en el arroyo y no se da cuenta de que se queda en cueros.

Al general Lauret, cabecilla insurrecto perteneciente al ejército libertador de la gran Antilla, cuando Máximo Gómez era un fanatismo y Lauret un partidario de conveniencia por cosas de justicia, le han dado un baquete en Pinar del Rio.

Y el hombre, pasado el susto que los tribunales españoles le produjeron y hartos de las consideraciones que le guardan sus leales amigos los sobrinos del tío Sam, ha dicho, sintiendo la nostalgia del bien perdido.

«He exigido que la bandera española ocupase puesto distinguido en el salón del banqueo, porque esa bandera tiene para mí muchos títulos respetables y es el simbolo de una parte considerable de la población de Cuba, á la que los cubanos debemos ver con fraternal cariño.»

¿Cómo cambian los tiempos!

Haec dos años no podía ese ciudadano ver un español sin echarse el fusil á la cara.

Ahora les pasa la mano por el lomo.

Confíemos en que, si Dios le concede algunos años de vida, lo veremos de

nuevo en la manigua con la mambisa puesta del revés.

Al prójimo...

Todo eso de que el progreso tiende á humanizar las guerras es una fábula bonita para embaucar á los papanatas.

¡Humanizar! A eso tendió el Congreso de Ginebra; á eso se encaminó la reciente conferencia de La Haya; pero como el más fuerte es el amor, éste hace mangas y capirotes de la Conferencia y de la Convención.

El pez grande se come al chico sin parar mientes en lo que murmurar puedan los medianos y eso hace con el misero Transvaal la Reina de los mares, la pérdida que dicen todos los que la conocen y la tratan.

Eso de misero no es más que una figura, pues no lo es en realidad quien tiene forradas de oro las entrañas.

—¡Ay! si no las tuviera tan repletas de ese metal precioso—dirá Krüger—nadie se acordaría de este rincón de tierra y viviríamos en él tranquilos y dichosos, olvidados del mundo.

Eso pierde á los boers: el oro les rebosa, y hay que aliviarnos de tan enorme peso para que no faltezan bajo la carga.

Lo que hay es que se niegan de una manera estúpida á que les hagan ese favor. ¡Ingratos! No saben ellos el beneficio que se les hace quitándoles de encima la impedimenta del oro vil.

Por supuesto, su actitud no es extraña y nos la explicamos desde que ha descubierto un jefe del ejército inglés que los boers son algo así como tigres, con los que es preciso emplear, para meterlos en cintura, las tan acreditadas balas dum dum.

Y es lo que dice ese humanitario individuo, que seguramente se pasará la vida hablando de la barbarie de los demás.

—El hombre que persigue á un tigre, y pudiendo hacerlo, no emplea la bala dum dum es un idiota.

Sépanlo ustedes para su gobierno y guarden sus ímpetus para mejores causas. El boer es una fiera del desierto y hay que destruirle por todos los medios humanos. Lo mejor sería que Dios hi-

siera un terremoto y lo aplicara al subsuelo del Transvaal; pero ya que la divinidad no se mete en estas cosas y el hombre no posee fábricas de fenómenos sísmicos, bueno será hacer uso de bajas explosivas que rompen los huesos y hacen inútil toda compostura.

Nada, nada. Es preciso perseguir los boers como fieras dañinas.

¡Y nosotros que estábamos en la creencia de que eran gentes morigeradas, bonachonas, de costumbres sempiternales ó patriarcales del todo!

¡Qué desencanto! Ahora resulta que son cuatro pillos que se empeñan en defender lo suyo.

Felizmente ha oído la venda que nos tapaba los ojos y vemos ahora el error en que estábamos.

Y ha oído á tiempo, gracias á ese teniente coronel inglés humanitario, defensor entusiasta de las balas dum dum; á ese bienhechor de la humanidad; á ese apóstol de los explosivos, émulo de sus congéneres de la joven América que aspira á batirles el record de la ferocidad, haciendo con los boers algo así como lo que hicieron aquellos con los pieles rojas.

Ya lo saben ustedes: eso de la Convención ginebrina y de la Conferencia de la Haya, es música celestial empalagosa é inocente.

La verdadera música, la que penetra á lo más hondo, la música de nervio, es la bala dum dum que eleva un alma al cielo en cuestión de segundos.

Auguste Miquis.

CRÓNICA PARISIENSE

Los placeres de París.—Aceras de Fritura.—Un Dreyfus americano.—París y Berlín.—Modas.

Con la llegada del invierno, París ha recobrado su encantador aspecto de suma elegancia que le distingue de las otras poblaciones populosas de la vieja Europa.

Dejando para mejor ocasión el decir á mis lectores algo que les interese en la vida de los teatros y de los salones parisenses, quiero en esta Crónica fijar cuatro notas descriptivas del concierto Folies Bergère, uno de los sitios donde

Creyéndose autorizado para todo el presuntuoso joven, por la amabilidad con que la princesa le trataba, le había asido una mano y le había dicho á quemarropa, demudado, tembloroso, descompuesto:

—¡Yo os amo, señora! ¡estoy loco por vos!

Una tormenta muda estalló en el corazón de la princesa para Perea, al oír estas palabras.

Le miró de tal modo, que Perea retrocedió, comprendiendo que se había equivocado de alto á bajo, y pasó rígida y altiva.

—Aquí debe haber algo, dijo Perea: alguien se ha cruzado entre la princesa y yo: pues bien; yo sabré lo que esto es.

VIII

Perea observó, y vió que el cuerpo opaco que se había colocado entre la princesa y él, era el abate de Estrés.

Este tercer abate que aparece en nuestro relato, era sobrino del cardenal de Estrés, que tanta influencia había tenido en otro tiempo en la historia de la princesa.

El cardenal de Estrés acababa de morir después de una larga vida de ochenta años, y su sobrino había heredado el aprecio en que tenía al cardenal Luis XIV.

El abate de Estrés apenas contaba cuarenta y cinco años, y era todo lo galante, todo lo insinuante, todo lo intrigante que podía ser un buen discípulo de Versailles.

Cuando Luis XIV necesitaba saber lo que sucedía en una corte cualquiera, enviaba á ella al abate de Estrés, y este hacia de modo que, á los tres días, sabía cuanto había que saber.

IX

Después de enviudar Felipe V, Luis XIV, á quien paseaban en un sillón de ruedas por los jardines de Versailles, vió pasar á lo lejos por el fondo de una calle de árboles al abate, que llevaba en brazos el perro favorito de madama de Maintenon.

Esta hablaba intimamente con el abate.

Luis XIV mandó á uno de sus ayudas de cámara que le acompañaban, adelantase y dijese al abate que el rey deseaba hablarle.

El abate dió el perro á una dama de la Maintenon, se arregló los cabellos y el solideo, se estiró la casaca, se colocó artísticamente el sombrero bajo el brazo, y adelantó con una cortesana impaciente, marchando de una manera admirable.

—¡Ah, señor abate! creo que existe una gran diferencia entre la señora de los Ursinos y yo.

—Si, en verdad: vos érais la viuda del poeta Sarron, y ella es la viuda del duque de Bracciano.

Se mordió imperceptiblemente los labios la Maintenon, á causa de la desvergüenza de aquel paralelo.

—¿Pere para qué os envía el rey?

—Per curiosidad, señora, por para curiosidad: nuestro grande amo se aburró, y está ávaro de distracciones.

—¡Ah! onento con que me tengais al corriente, dijo la Maintenon.

—Y yo espero que me iluminéis diciéndome de qué manera, en qué sentido, he de comunicar mis noticias al rey.

—¡Oh! desconfiad.

—Pues adios, señora; téngo orden de ir á entenderme al momento con Deshamps.

Ocho días después, entraba en Madrid el abate.

XI

En otro tiempo, había hecho una mala pasada á la princesa influyendo en gran manera en su d'enterro de la corte de España.